

dole una forma más propia, más personal. El último cambio se produjo el 14 de enero. Ha consistido esencialmente en una reducción de carteras, en una concentración del poder en menos hombres, en una relativa disminución de burocracia de altos cargos. Esta reorganización ministerial, evitando la tan temida palabra «crisis», está típicamente revestida de un aspecto apolítico. Es decir, tecnócrata. Han salido seis ministros y seis subsecretarios, han entrado sólo tres minis-

tros y diez subsecretarios de Estado. La renovación parece referirse más bien a la juventud de los nombrados, apoyándose así en la idea de que juventud es modernidad, que a un programa gubernamental concreto. La oposición se ha encontrado más bien defraudada: sigue sin entrar en el sistema. Se corre, en cambio, el rumor de que el partido único —la Unión Nacional— está siendo ya privado de su poder y, poco a poco, quedará congelado o incluso será disuelto.

Gran Bretaña MAYORIA DE EDAD

Una nueva ley cambia la mayoría de edad en la Gran Bretaña. Será a los dieciocho años en lugar de a los veintiuno. Pero esta nueva legislación, que afecta a unos dos millones de ciudadanos, está tan llena de excepciones que la hace de dudoso alcance. Si bien a los dieciocho años se podrá votar, no se tendrá, sin embargo, derecho a ser elegido, lo cual significa que estos dos

millones de votos nuevos se canalizarán obligatoriamente hacia las alternativas de poder presentadas por el «establishment». A los dieciocho años, los ciudadanos podrán casarse sin consentimiento de sus padres, firmar contratos de trabajo y de venta a crédito y tener acceso a la propiedad. Pero desde el punto de vista penal y fiscal, la mayoría de edad continuará fija en los veintiún años.

EL PUENTE DE CHAPPAQUIDDICK La ruta del poder del último de los Kennedy

La «mayoría silenciosa» se ha quedado en ayunas. El accidente automovilístico más polémico de la historia americana no ha producido en el Tribunal de Edgartown ninguna revelación escabrosa.

Durante cuatro días, los testigos desfilaron uno tras otro. Ted Kennedy, en primer lugar, seguido por Nancy y Marilyn Lyons, Esther Newberg, Rosemary Keough, Susan Tannebaum, Paul Markham, Joe Gargan, Charles Tretter, Ray Larosa, los amigos y amigas de Ted que habían participado en el pequeño «party» la tarde de las regatas. John Farrar, el hombre rana que afirma que Mary habría podido ser salvada; un representante de Arthur Little Inc., una sociedad de expertos tecnológicos que habían llegado a la conclusión de que la muchacha no habría logrado sobrevivir más de treinta segundos en el coche; Christopher Hook, el policía que se cruzó con el coche de Ted Kennedy aquella misma tarde, y otros más se presentaron como testigos. Pero las preguntas esenciales han quedado sin respuesta.

La reanudación del caso ha cobrado mayor interés debido a la reciente publicación del libro de Jack Olsen, «El puente de Chappaquiddick», que presenta una nueva teoría, después de la del periodista Jack Anderson —según éste, Ted se habría zambullido, pero no pensando que Mary Jo hubiese caído sobre el asiento trasero y, al no verla, habría supuesto que había con-

brada a conducir un Oldsmobile y que no tuvo tiempo de colocar su asiento para alcanzar los pedales, perdió el control del automóvil, precipitándose en el agua. El senador se ha apresurado a rechazar esa teoría de forma tan categórica como rechazó las precedentes. Su testimonio repite punto por punto su declaración televisada del pasado verano. Todo induce a creer que el puente de Chappaquiddick guardará su secreto y que sólo Ted Kennedy sabrá, en definitiva, lo que pasó la noche del 18 de julio de 1969.

Sin embargo, en el plano político, parece que sus adversarios se han apresurado a vender su piel. Un reciente sondeo de opinión revela que su popularidad no ha bajado más que de 83 a 68 por 100, lo que incluso haría de él, en la actualidad, un prestigioso candidato presidencial. Otro sondeo nos muestra que es el «americano más popular», después de Nixon, Billy Graham, Lyndon Johnson y Spiro Agnew. Pero Chappaquiddick ha marcado un giro tan decisivo en la carrera de Nixon como en la de Ted Kennedy. Acostumbrado desde siempre a encontrar un Kennedy en su camino —vencido en 1960 por John y vencido en 1962, en California, por Pat Brown, que se había beneficiado del apoyo de John y de Robert Kennedy—, Nixon había estado a dos pasos de tener a Ted Kennedy por adversario en noviembre de 1968 y se preparaba a afrontarle en 1972.

Al día siguiente de Chappaquiddick, miembros del «staff» presidencial telefonaron a varios directores de grandes periódicos para sugerirles que no «minimizaran» el asunto. Richard Nixon adoptó resueltamente la «estrategia sudista» de su consejero Kevin Phillips. Volviendo la espalda a los intelectuales, los jóvenes, las coaliciones ur-

banas y los negros, se puso de parte exclusivamente de los diversos sectores geográficos de la «mayoría silenciosa», desplazando hacia la extrema derecha su centro de gravedad política.

Pero el eclipse de Ted Kennedy no ha sido más que de corta duración. Su popularidad en Massachusetts no ha disminuido y se prevé su reelección para el puesto de senador de este Estado, en 1970, por una gran mayoría. Por otra parte, aprovechando la falta de audacia de Nixon en materia legislativa, Kennedy mantiene desde hace dos meses, en el Senado, junto a Mike Mansfield, del cual es ayudante, un vigoroso combate destinado a llevar al partido demócrata a la victoria en el curso de las elecciones legislativas de noviembre próximo.

Ciñéndose a la cuestión social y permaneciendo políticamente en una prudente reserva, Ted Kennedy se prepara para la convención del partido demócrata en 1971. Sabe que en 1976 no tendrá más que cuarenta y cuatro años, pero piensa que para entonces el mito Kennedy habrá perdido su lustre. Piensa, igualmente, que 1972 podría ser un mal año para una revancha demócrata, pero sabe también que los contrarios tendrían oportunidades de ser verdad.

La amplitud de la recesión económica, la guerra vietnamita, las contradicciones de Nixon pueden crear, de aquí a 1972, las condiciones de un relanzamiento demócrata. Entonces podría aparecer perfectamente como el candidato mejor situado para rehacer la unidad del partido y conducirlo al poder. Los americanos tienen una cierta debilidad por las «reentrées» espectaculares y otorgan espontáneamente a los luchadores una segunda o incluso una tercera oportunidad. Nixon es un ejemplo viviente.



—Supongo, Pepe, que ahora que eres tan importante conseguirás que te respete.